

AQUITANIA.

NISSIM DE ALONSO.

ALIENOR

Guillermo miraba orgulloso a su hija Alienor que acababa de llegar seguida por su escudero.

Cabalgaba con elegancia y seguridad, como si no hubiera hecho otra cosa en la vida que montar a caballo. Era su hija mayor y también su preferida. Alienor le hizo un saludo al pasar bajo el ventanal que daba al amplio patio y él se lo devolvió sonriendo

-¿Ha ido bien la caza, pequeña mía?

-Si padre- dijo señalando con satisfacción las dos aves que colgaban de su montura y que todavía sangraban.

Así era su hija, hermosa, inteligente y sobre todo educada igual que si hubiera sido un hombre. Quería que Alienor tuviera carácter, que supiera defender el ducado de Aquitania, transmitirle el amor que tanto su padre como él habían sentido por su rica y noble corte, porque aquella niña iba a ser la heredera más rica de toda Europa. Al pensarlo un aire de tristeza le invadió.

Porque el ducado de Aquitania debería haberlo heredado su hijo Aigret, si un desgraciado accidente no hubiera acabado con su vida y con la de su madre.

La muerte de su hijo había ocurrido durante el viaje a uno de sus castillos.

Era invierno y el viento frío soplaba en ráfagas, el pequeño Aigret temblaba aunque estuviera envuelto en mantas de piel. Aquel castillo, generalmente deshabitado, era frío y húmedo.

Su madre mandó encender rápidamente las chimeneas y calentar las habitaciones antes de que se hiciera la hora de acostarse. Nadie supo decir si fue una vela que quemó tapices y muebles o fue una chimenea sucia de hollín lo que causó la tragedia, pero aquella noche el castillo entero ardió y se llevó las vidas de Aigret y de su madre.

Guillermo se negó a creer que su vida, hasta ahora tan feliz, pudiera desvanecerse de la noche a la mañana, que su mujer y su hijo hubieran desaparecido de su vida para siempre, que jamás volvería a verlos. Se encerró en su habitación y se negó a ver a nadie.

Pero inmediatamente Poitiers se llenó de parientes y amigos que se pasaban las horas vagando por las estancias que habían pertenecido a su madre y su hermano, llorando y retorciéndose las manos, recordando el juguete que había sido de Aigret, el tambor donde su mujer bordaba. Todo era motivo de llantos interminables.

Guillermo no se sintió en absoluto reconfortado entre tantos lamentos y demostraciones de tristeza y prefirió no salir de sus habitaciones. Estaba perdido y angustiado, se sentía solo, terriblemente solo, pero eso era preferible a escuchar los interminables lamentos con los que la familia pretendía consolarle.

Pero una tarde Leonor entró furtivamente en su habitación burlando la vigilancia de los criados, le abrazó y limpió las lágrimas que corrían por su cara.

-No llores más, padre, no estarás solo porque yo no moriré nunca y siempre estaré a tu lado- le susurró

Le hizo gracia aquella forma que su hija tenía de consolarle, era una niña de ocho años y no sabía lo que decía. Sin embargo se sintió extrañamente reconfortado. Las manos de su hija le transmitieron su fuerza y sus ojos, claros y decididos, una gran sensación de paz.

Durante los meses siguientes Alienor se convirtió en la sombra de su padre. Se sentaba a sus pies llevando de la mano a la pequeña Petronila cuando por la tarde los trovadores cantaban los hermosos romances dedicados al hermano y a la esposa muerta y los ojos de Guillermo se llenaban de lágrimas. Por la mañana ocupaba el sitio que su hermano había dejado, estudiaba y montaba a caballo junto a su padre. Poco a poco el dolor fue pasando y la alegre corte de Aquitania ayudó mucho a mitigar su duelo.

Alienor era ahora la heredera del ducado de Aquitania que comprendía un territorio superior incluso al reino de Francia, era por lo tanto una heredera riquísima y a la que pronto empezarán a lloverle los pretendientes. Pero su padre no quería que fuera solo una dulce mujer: tenía que aprender a mandar y a defenderse de futuros enemigos.

-Como un hombre- le decía su padre- tus posesiones son demasiado importantes como para que el día de mañana estén a merced de tu marido. Siempre serás la duquesa de Aquitania y tus tierras jamás pasarán a tu marido sino directamente a tus hijos.

Así que su padre comenzó a educarla como si fuera en parte su hermano muerto. Por las mañanas aprendía a montar a caballo, a manejar un arma ligera, el arte de la cetrería y la caza.

No mostraba ningún miedo cuando el gran halcón se posaba agarrando con sus afiladas garras el pequeño guante de cuero que antes había pertenecido a su hermano y ahora a ella.

Cuando éste se le quedó pequeño, el guarnicionero le hizo otro nuevo que llevaba grabadas a fuego sobre el cuero sus iniciales. Lo llevaba siempre colgando a la grupa del caballo y se sentía orgullosa de la atención que su padre le demostraba: quería ser una heredera digna de él.

Por la tarde estudiaba latín, griego, gramática, música, pero no le gustaba bordar. Eso era una pérdida de tiempo, decía, aquel trabajo lo dejaba para las viejas damas de la corte que con la nariz inclinada sobre el tensado tambor bordaban mecánicamente mientras comentaban a media voz los chismes de la corte de Poitiers.

A su lado siempre estaba la pequeña Petronila, que adoraba a su hermana y procuraba imitarla en todo, aunque nunca pudo mantener el halcón sobre el guante sin llorar desconsoladamente. Aquellas garras y aquel pico curvado le aterraban y lo que más le dolía eran las críticas de su hermana.

-Eres miedosa como una aldeana, no pareces mi hermana- le decía despectivamente, luego, al ver aflorar las lágrimas a sus ojos, la abrazaba y le pedía perdón, algo que Petronila adoraba.

Por las tardes las veladas se sucedían: los músicos, los trovadores, los bufones y los equilibristas llenaban aquella alegre corte; ella también aprendió a hacer poesías que cantaban el amor de un bravo guerrero por una hermosa princesa. A veces las canciones eran más tristes, entonces el héroe lloraba por un amor que nunca podría alcanzar .

Pero ellas eran jóvenes y llenas de fuerza, estaban seguras de que un día aparecería su amado príncipe. Un hermoso y bravo guerrero vendría a buscarlas, les miraría a los ojos y su amor quedaría sellado para siempre y serían felices y tendrían muchos hijos y ninguno moriría siendo un niño como Aigret. Morirían en la guerra, cubiertos de gloria...

Eran bellas aquellas canciones, era bella la vida.

Habían pasado ya dos años de la muerte de su mujer y su hijo. Guillermo no había vuelto a casarse a pesar de los repetidos intentos de los nobles con hijas casaderas. Prefería dedicarse a sus hijas y a su corte.

Para tener mujeres que le acompañaran en la cama no necesitaba estar casado, decía a sus amigos encogiéndose de hombros.

Leonor era la única mujercita de su vida, pensó sonriendo, viendo como el escudero le ayudaba a bajar de su caballo que todavía era demasiado grande para ella.

Iba vestida con un traje de montar de hombre similar al que él llevaba. Su madre se había negado en un principio a que se vistiera así, ya era casi una mujer ¿qué pensaría la gente de ella si la vieran disfrazada de hombre? Pero a ella no le preocupaban los recelos de su madre, su padre le apoyaba y además pronto se evidenció su carácter decidido e independiente. A ella le importaba muy poco lo que pensarán los demás: a fin de cuentas era muy superior al resto de mujeres nobles.

Alienor no era sencilla ni humilde; eso hubiera sido pedir demasiado. No había sido educada en una severa corte religiosa sino en la permisiva, lujosa y alegre corte de su padre, que desde luego le permitía todos los caprichos, tanto a ella como a su hermana.

Se volvió sonriente hacia su padre.

-¿Puedo ir a ver los polluelos de Níger, padre?

Níger era el halcón peregrino de Alienor. El halcón y su pareja habían tenido aquella primavera su segunda nidada, entre los halcones era la hembra la que salía a buscar comida mientras Níger se quedaba en el nido cuidando a sus tres polluelos. Habían nacido tres semanas atrás y dentro de poco comenzarían a volar por su cuenta.

Su padre hizo un gesto con la cabeza asintiendo pero pidió a su escudero que la acompañara. Se volvió alegre hacia su hermana pequeña que acababa de aparecer en el umbral.

No era ninguna casualidad su aparición; Petronila siempre esperaba su llegada a escondidas, admiraba a su hermana y quería ser como ella.

-¿Vienes conmigo a ver los polluelos de Níger, Petronila?- aquello era más una orden que un deseo.

Petronila se quedó un momento mirándola y luego negó con la cabeza. Le daban miedo los halcones, eran demasiado grandes para ella y Níger graznaba salvajemente si alguien se acercaba al nido, prefería visitar a los perros. Cadema era una enorme mastina de los pirineos y también había tenido una camada de pequeños y peludos perritos que todavía olían a leche y que se acurrucaban en su regazo mientras la madre les miraba con sus grandes ojos tristes, temerosa de que se los arrebataran.

- No, me voy a la cocina a ver a los cachorros.

-¡Te da miedo Níger, confíésalo!-le gritó con un tono de desafío.

Su hermana se encogió de hombros y se dio media vuelta sin contestar.

Pero era verdad: aquel halcón le daba miedo y no comprendía cómo le gustaban tanto a su hermana aquellos feísimos pollos de halcón, casi sin plumas y siempre gritando con aquel enorme pico abierto pidiendo comida. Los halcones solo les gustaban a los hombres, dijo para justificarse, pero tuvo buen cuidado de callarse sus opiniones. Su hermana podía ser muy irritable en algunas ocasiones, ella ya se había llevado suficientes pellizcos y tirones de trenzas, no quería enfrentamientos.

Por lo demás, ambas hermanas se llevaban bien. Petronila la admiraba y Alienor admitía aquella admiración como la cosa más natural del mundo. Si todos la admiraban ¿por qué no iba a hacerlo su hermana pequeña?

-¡Vete a la cocina a jugar con los cachorritos, solo eres una niña miedosa!- volvió a decirle. Quería que su hermana le acompañara, le gustaba ver cómo se escondía asustada tras ella al menor grito de Níger.

Pero no tuvo esa alegría: su hermana le volvió la espalda y levantando dignamente la cabeza se dirigió a las cocinas del castillo con paso orgulloso y tranquilo, sin hacer caso de sus amenazas, como si nada hubiera oído de lo que su hermana gritaba: era toda la venganza que podía permitirse.

Pero en cuanto torció la galería que llevaba a la cocina levantó sus faldas y salió corriendo sin ninguna dignidad. No era la primera vez que su hermana había castigado su desobediencia corriendo tras de ella y tirándole de las trenzas. No quería volver a correr aquel riesgo.

GUILLERMO IX, EL TROVADOR

El abuelo de Alienor había sido un hombre peculiar tanto en sus virtudes como en sus defectos. Era riquísimo y eso hacía que su vida pudiera estar dedicada al placer y a las mujeres y también a pelearse contra sus vecinos, sobre todo contra el conde de Tolosa, por el que había demostrado verdadera inquina

Era hijo de Guillermo VIII de Aquitania y de su tercera esposa Audearde de Borgoña. Cuando solo tenía quince años su padre murió dejándole todas sus posesiones. Aunque era vasallo del rey de Francia, poseía más tierras que él y desde luego su corte era mucho más cosmopolita y alegre que la suya.

Ni qué decir tiene que el joven duque se sentía en muchas cosas superior a su rey. Su corte era mucho más rica y frívola, de todas partes acudían los trovadores y los artistas que siempre eran bien acogidos. En lo único que le superaba la triste y austera corte real era en la cantidad de clérigos, porque salían mucho más baratos que los juglares.

Desde joven Guillermo demostró una gran aptitud para versificar y componer canciones y en su corte fueron admitidos de buena gana juglares, poetas y trovadores. Todos encontraron junto a él techo, comida y diversión. Pronto comenzó a conocerse como Guillermo el Buen Trovador y a él le gustó aquel apodo.

Fuera o no merecido, porque hay que decir en honor a la verdad, que los trovadores ayudaban mucho a su señor en la composición de sus trovas, ya que comían de su pan, pero lo hacían de una forma tan sutil que siempre parecía ser él el único autor.

Su primera mujer fue Ermengarda, hija del conde Fulco de Anjou. Era una mujer bella pero mentalmente inestable, o que quizás no pudo asimilar la vida disoluta de su esposo. El caso fue

que Guillermo pudo anular fácilmente aquel matrimonio, del que no había tenido hijos, para casarse con Felipa, heredera del condado de Tolosa, un condado que siempre había deseado.

El padre de Felipa había partido a las cruzadas, como muchos nobles del momento, dejando como regente a su hermano Raimundo, conde de Saint-Gilles. Pensaba que siendo su hermano cuidaría de los intereses de su hija y de que nadie le arrebatara Tolosa: el mismo papa protegía las propiedades de los cruzados hasta su vuelta.

Pero se equivocó, a los cinco años llegaron noticias de la muerte de Guillermo de Tolosa y Raimundo se olvidó de la verdadera heredera y se quedó con el condado de su hermano. Él también tenía un hijo, Bertrand, y estaba seguro de que un hombre cuidaría el condado mejor que una mujer; Felipa lo había perdido todo.

Ése fue el motivo que movió a Felipa a casarse con Guillermo: era el único suficientemente poderoso como para enfrentarse a su tío y devolverle sus tierras tan injustamente arrebatadas.

Su tío Raimundo también partió a Tierra Santa cegado por los relatos de la riqueza de aquellas tierras y un año más tarde Guillermo aprovechó su ausencia para conquistar Tolosa. Eso le enemistó con la iglesia que protegía por la Tregua de Dios las tierras de los caballeros cruzados; nadie podía en su ausencia arrebatárselas porque Dios velaba por ellas.

Aquello le costó la primera excomunión. Pero era rico, todo era cuestión de dinero. El obispo de Poitiers consiguió con sus dádivas que se reconciliara con la iglesia, Roma siempre necesitaba dinero y bien mirado, Guillermo no había hecho otra cosa que recuperar las tierras arrebatadas injustamente a su esposa, como expuso el obispo ante el papa para conseguir su perdón.

Cuando poco después llegaron las noticias de la toma de Jerusalén, Guillermo se arrepintió de no haberse embarcado él mismo en aquella aventura tan gloriosa donde se hablaba de tesoros fabulosos, de mujeres complacientes y de ciudades riquísimas.

Se estaba perdiendo una aventura que no volvería a repetirse, se lamentaba a sus amigos, así que hipotecó el condado de Tolosa al hijo de Raimundo, dejó a su mujer como regente en Poitiers y a su pequeño hijo y se marchó solo a Tierra Santa. Sabía que dejaba el condado en buenas manos, Felipa era una mujer culta, buena administradora, abnegada y consciente de su deber.

-Debo defender la tierra donde murió nuestro Señor y estar yo mismo dispuesto a morir- dijo a Felipa en tono compungido.

Pero su partida fue alegre, aparte de sus soldados, se llevó a sus perros de caza y a sus trovadores. Cinco leguas más adelante se añadió a la comitiva un carro de alegres mujeres que el duque se reservaba para su uso exclusivo.

Llegó a Tierra Santa con mucho entusiasmo, pero con poca experiencia militar de la lucha contra aquellos soldados; él mismo confesaba manejar mejor el laúd que la espada, así que no fue extraño que su ejército fuera vencido y aniquilado en Heraclea por los turcos. Presenció con desolación la muerte de sus hombres desde lo alto de una colina; todo estaba perdido y era inútil lanzarse nuevamente al ataque. Esperó la protección de la noche y huyó con todo lo que quedaba de su ejército: seis caballeros.

Nada podía hacer ya, se dijo a sí mismo, sin soldados no podía seguir luchando. Así que dio por finalizada su aventura de cruzado y se dispuso a volver a Aquitania, pero antes pasó por Antioquia.

Aquella corte magnífica le subyugó y su estancia, que en principio iba a ser de unos días, se prolongó durante meses. Allí trató con poetas y trovadores árabes y de ellos aprendió una nueva forma de versificar que fue muy de su agrado.

Pero al final no tuvo más remedio que dejar aquella refinada corte y volver a Aquitania, una estancia tan prolongada podía ser peligrosa, debía volver y evitar que alguien intentara arrebatarle sus tierras dándole por muerto. Tierra Santa estaba lejos y las noticias falsas intencionadas eran frecuentes.

Mientras esperaba su vuelta, Felipa había creado la Abadía de Fontevrault dedicada a la virgen María. La idea era revolucionaria porque los dos monasterios, el de hombres y el de mujeres, estaban bajo el mando de una abadesa que debía ser rica y viuda: eso garantizaba que sabría manejar atinadamente el dinero de la comunidad.

Aunque muchas de aquellas monjas eran nobles, de hecho la primera mujer de Guillermo, Ermengarda, acabó allí sus días tras la muerte de su segundo esposo, ninguna mujer era rechazada por ser pobre. La generosidad de Felipa llegó al punto de construir una leprosería, porque aquella enfermedad se estaba extendiendo peligrosamente y pocos hospitales querían atenderles por temor al contagio.

Al final volvió Guillermo, pero aparte una nueva forma de hacer poesía, nada parecía haber aprendido. Volvió nuevamente a su vida libertina y feliz, el tiempo se repartía entre sus amantes y sus trovadores.

Felipa vagaba por el palacio como una sombra, ahora que su marido había vuelto se sentía menospreciada. Ya nadie le consultaba ninguna decisión importante y no le gustaban ni los trovadores ni las alegres mujeres que acompañaban las fiestas de su marido. Soportaba mal

aquellas humillaciones y a veces le reprochaba su actitud, pero no consiguió de su marido sino desplantes y gritos.

- Nos casamos para recuperar las tierras de tu padre y lo he conseguido, ése era el trato, Felipa, nunca te aseguré que cambiaría de vida y me haría un monje a tu lado. No me gustan tus reproches ni tu cara triste, prefiero ver alegría a mi alrededor y tú no la tienes.

El ducado andaba mal de dinero, la estancia en Tierra Santa había significado un gasto excesivo; tuvo que pagar hombres y caballos, alimentos y transporte, amén de otros gastos inconfesables, pero igualmente onerosos y totalmente necesarios para mantener su dignidad ducal. Así que como pensó que sus nobles ya habían pagado bastantes impuestos, además de perder a padres e hijos en aquellas lejanas tierras, confiscó algunos bienes de la iglesia. Al fin y al cabo, decía, los gastos que había hecho en Tierra Santa eran para defenderla, por lo tanto ahora debía contribuir ella misma al mantenimiento del ducado.

Algunos obispos se revolviéron inquietos, pero no osaron protestar: el duque tenía un maldito genio cuando se enfadaba y la prisión era fría y oscura, así que de sus iglesias desaparecieron pesados ornamentos de plata y oro que se fundieron para fabricar moneda. Pero Guillermo era insaciable y al final los representantes de la iglesia decidieron hablar con él, aunque todo fue inútil.

-¿Acaso no fui yo os dio yo el oro y la plata para adornar vuestras iglesias y vuestros monasterios? Ahora lo necesito: yo os lo he dado y yo os los he quitado, algún día también os lo devolveré- fue su escueta respuesta a las lamentaciones de un grupo de abades que le presentaron sus quejas.

Pero la insolencia de Guillermo, que ya tenía soliviantada a la iglesia, no se detuvo ahí.

Se había enamorado de una bella mujer que era la esposa de su vasallo Aimeric de Rochefoucauld. Desde luego que no debía ser ningún modelo de virtud, porque a pesar de llevar siete años casada con Aimeric y haberle dado tres hijos, era conocida por todos con el sobrenombre de “la peligrosa”.

No parecía ni mucho menos una mujer honrada, pero sí muy complaciente en la cama, hermosa y sin escrúpulos; el tipo de mujer que le gustaba a Guillermo.

Se la llevó a su palacio de Poitiers, pero ella no era una cortesana cualquiera; le dijo a Guillermo que quería ser tratada como la duquesa de Aquitania y él la complació.

Su marido, que era vasallo de Guillermo, no se atrevió a protestar ante él porque eso hubiera significado la muerte o la prisión, pero lo hizo ante la iglesia.

Felipa también lo hizo: convivir en el palacio con la amante de su marido era superior a lo que estaba dispuesta a tolerar. Sabía que su marido tenía amantes, desde luego, él nunca se lo había negado, pero de ahí a verla cada día en el palacio, compartiendo mesa y cama con su marido, haciendo el papel de duquesa mientras ella se sentaba en el otro extremo de la mesa, había un abismo.

Habló con el legado papal que se escandalizó del proceder de Guillermo.

-Hija mía, esto es inconcebible- dijo el legado que conocía la magnanimidad de Felipa con la iglesia- primero expolia a la iglesia, luego ofende a sus barones y también a vos, su mujer, que sois la más generosa protectora de la iglesia. Hablaré con el papa.

Felipa había construido iglesias y hospitales y regalado algunas de aquellas hermosos relicarios y cruces que ahora se fundían en la ceca para llenar los arcones del duque. Pero enfrentarse al duque de Aquitania no era fácil y el legado retrasó cuanto pudo el encuentro con Guillermo.

Una semana más tarde, tras varias insinuaciones de Felipa de cerrar su generosa bolsa, el legado no tuvo más remedio que presentarse en el palacio del duque que le recibió en la sala de música con no muy buenas maneras, los barones que acompañaban al duque le saludaron tibiamente.

-¿Qué deseáis de mí, monseñor?- le dijo, mientras afinaba las cuerdas de su laúd.

-Ya sabéis lo que deseo, Guillermo de Aquitania- le respondió el legado algo amostazado- y si no lo sabéis, debierais suponerlo. Vuestra esposa me ha dicho que convivís amancebado con la esposa del señor de Rochefoucauld en este mismo palacio donde ella vive. Eso es intolerable para un cristiano como vos que ha visitado los Santos Lugares como un cruzado y pisado la tierra que pisó Nuestro Señor.

Guillermo continuaba afinando las cuerda del laúd atentamente, sin levantar la vista, una sonrisa vagaba por su rostro. Suspiró profundamente.

-Quizás, quizás sea intolerable para vos, pero no sabéis lo placentero que es para mí- le respondió con aplomo. Una nota desafinada se escapó del instrumento y Guillermo pareció concentrar toda su atención en él.

El legado no salía de su asombro ante sus palabras. Aunque el duque era un noble muy importante, el papa lo era más y él era su representante en aquellos momentos, pero Guillermo apenas había levantado la vista hacia él. Aquello era una falta total de modales.

Hizo un esfuerzo acordándose de la generosidad de Felipa, porque nunca se podía saber de qué humor estaba el duque.

-¿Acaso os estáis burlando de mi? - dijo con voz firme- vengo a instancias de vuestra esposa Felipa, debéis dejar a vuestra concubina y volver con ella, la duquesa es una mujer admirable y caritativa.

Pero Guillermo seguía pensativo, inclinado sobre su instrumento al que seguía arrancando notas con estudiada indiferencia.

- No, no me burlo de vos y vos ¿os burláis de mi? – dijo levantando al fin la vista -Las mujeres viejas son buenas para vos. Pueden llenar vuestra iglesia y vuestra bolsa de limosnas y sus oraciones serán oídas por Dios con júbilo, estoy seguro. Pero yo prefiero mujeres más jóvenes para calentar mi cama y desde luego, no es preciso que sean caritativas, ni buenas cristianas, sino todo lo contrario, ya me entendéis.

El legado no se esperaba aquella respuesta, Guillermo seguía tranquilamente afinando su laúd.

-¡En nombre de Dios, Guillermo de Aquitania, os conmino a dejar a Eleonor de Chatellerault y volver con vuestra esposa! ¡Si no queréis que la iglesia os castigue, dejad a Leonor!- le gritó furioso.

Guillermo alzó la vista, le miró fijamente y el legado tembló imperceptiblemente, luego, para tranquilidad del obispo que no las tenía todas consigo, estalló en risas.

-Eso ocurrirá cuando vos os peinéis los rizos de vuestra coronilla, obispo.

El legado se quedó con la boca abierta sin saber qué responder. Porque el legado era absolutamente calvo.

Los barones presentes también rieron acompañando servilmente a su señor.

Se dio la vuelta furioso por la afrenta y se fue sin despedirse, perseguido por las burlas de los barones.

Aquel Guillermo era imposible, pero la última palabra la diría la iglesia, su poder era superior a cualquier poder terrenal. Se quejaría al papa, pero por ahora tenía que marcharse sin haber conseguido nada de lo que le había prometido a la duquesa. A Felipa no le cupo otra solución que irse a vivir a su abadía de Fontevrault, no podía ni quería soportar por más tiempo aquella humillación.

El legado se vengó de las afrentas recibidas y escribió a Roma una furibunda carta explicando la insolencia del duque y el triste exilio conventual de su verdadera mujer y fue nuevamente excomulgado.

Si quería ser recibido otra vez en la iglesia tendría que cumplir una penitencia: luchar contra los sarracenos durante tres largos años. Si no cumplía aquella penitencia impuesta por la iglesia, sus barones quedaban libres de mostrarle obediencia.

Era muy peligroso afrontar una posible insurrección de sus barones, no quería perder Aquitania, así que se dispuso a obedecer el mandato papal.

Pero Jerusalén estaba lejos y no deseaba repetir la aventura, con una vez había tenido suficiente, así que con una tropa de seiscientos caballeros partió hacia Aragón para ayudar a Alfonso I el Batallador en su lucha contra los almorávides, allí estuvo tres años que le parecieron un destierro.

Alfonso era su concuñado, porque Inés, la hermana de Guillermo, se había casado con su hermano Pedro I de Aragón.

Desde luego que aquella aventura no le gustó, el brillo de Oriente le había subyugado, pero la sencilla corte del rey aragonés, siempre itinerante, le pareció pobre y algunos de sus soldados, a

los que llamaban almogávares, le llamaron la atención por ser terriblemente feroces, primitivos y sucios.

Después de la toma de Cutanda, cumplido su compromiso con el papa, volvió a Aquitania. Pero antes de marchar organizó con el rey de Aragón y el conde de Barcelona un gran torneo como despedida. Claro que su intención primera había sido hacer una gran fiesta, donde todos se hubieran hartado de vino, música y mujeres, pero la mirada reprobatoria del rey aragonés le disuadió.

No importaba, ya las haría en Aquitania. Nada más llegar siguió con su vida turbulenta y feliz. El tiempo de luchar se había acabado, en su corte le esperaban todos los placeres que había dejado atrás tres años antes, estaba dispuesto a recuperar el tiempo perdido y sus barones le apoyaban entusiasmados. Poitiers volvió a mostrar su antiguo esplendor.

-Tengo intención, amigos míos, de fundar una abadía siguiendo el ejemplo de mi mujer, no quiero ser menos generoso que ella- dijo un día tras una fiesta especialmente alegre.

- ¿Así, señor, os retiraríais del mundo?- se extrañaron.

- ¡Ah no! sería una abadía solo para mujeres y en ella estarían todas mis amantes, las que me han alegrado la vida con sus rezos. Yo sería el prior y escogería cada día con quien rezar. Sería la abadía más alegre del mundo.

Pero no temáis amigos míos, vosotros seríais admitidos en la hostería del convento, debidamente servidos y acompañados por algunas recatadas monjas, ya sabéis de mi generosidad.

Un coro de carcajadas apoyó el proyecto, aquella idea de la abadía llena de prostitutas disfrazadas de monjas les parecía especialmente divertida y fue el tema de conversación de tantas fiestas que al final llegó a oídos del obispo

Pero aunque al obispo le pareciera un sacrilegio abominable, procuraba no oír y no saber, eran habladerías de borrachos, decía disculpándole, porque Guillermo era capaz de amargar la vida a cualquier obispo que se le enfrentara. Eso hizo que en los últimos años de su vida, la iglesia guardara un discreto silencio sobre su corte.

Guillermo murió a los cincuenta y seis años tras una vida feliz, llena de aventuras guerreras y sentimentales.

Se le considera el trovador del amor cortes, pero muchos de sus poemas son de un tono muy poco cortesano rayando a veces en el mal gusto, aquí va uno de ellos como muestra.

La ley del coño.

Compañeros, he tenido tanto disgusto y revés

Que no puedo hacer otro canto, y quizás me arrepentiré

Pues quiero que nadie sepa lo que quiero esconder.

Y este mi pensamiento pronto os diré cual es

No me agradan coños guardados, ni lagos sin ningún pez,

ni alabanzas de malvados que obran de mala fe.

Señor Dios, que es del mundo el capitán y rey

Al primero que guardó el coño ¿cómo no le escarmentó bien?

Nunca hubo oficial ni guardia que tal traición llegó a hacer.

Pero yo os diré enseguida del coño cual es la ley

Como hombre que allí ha hecho mal y lo ha obtenido también

Todo merma con el uso, en cambio el coño mejora su ser.

Otros versos son mucho más amables, he aquí éste.

Con la dulzura de la primavera

Bullen los bosques y los pájaros cantan

Cada uno en su latín

Según el ritmo del nuevo canto

así conviene que cada uno se regocije

en lo que más desea.